

todos de consuno trabajaron con ardor en el sitio, ganosos de dar cima á la obra y poner fin á tantos padecimientos.

Al cabo de siete meses los cruzados se vieron dueños de la codiciada ciudad, retirándose los musulmanes á la ciudadela. Apenas alcanzado este triunfo, se presentó á su vez para sitiarles el sultan Corbanes con 200,000 combatientes. La afliccion, el desaliento y el terror no podian ser mayores entre los cristianos; pero el cielo se compadeció de la triste situacion en que se hallaban sus fieles, y les sacó del peligro por medio de un prodigio.

Un clérigo de la Provenza, á quien la historia llama Bartolomé, se presentó ante el legado y jefes superiores del ejército, y refirió haber tenido un sueño en el cual san Andrés Apóstol le habia revelado que en la iglesia de san Pedro de Antioquía estaba enterrada la lanza con que fué herido el costado del Salvador, y que aquel hierro sagrado, llevado al frente del ejército, daria el triunfo á los cruzados. Oida esta relacion, se mandó cavar en el sitio indicado por el sacerdote, donde á gran profundidad se halló efectivamente la lanza. Este prodigio dió tanto ánimo á los cruzados, que enarbolando la lanza como un estandarte, salió el ejército entusiasmado contra los enemigos, y combatió con tanta intrepidez á la vista de aquel sagrado hierro, que fué derrotado el sultan, dejando tendido en el campo la mitad de su ejército, y en vergonzosa fuga la otra mitad, apoderándose los cristianos del campo, donde encontraron víveres, municiones é inmensas riquezas. Así aquellas numerosas tropas que poco antes se hallaban próximas á perecer de hambre, pudieron satisfacer cumplidamente su necesidad, renaciendo la alegría en todos los semblantes. Las iglesias fueron purificadas, y se celebraron en ellas con el mayor esplendor los misterios del culto católico. Bohemundo fué proclamado príncipe de Antioquía.

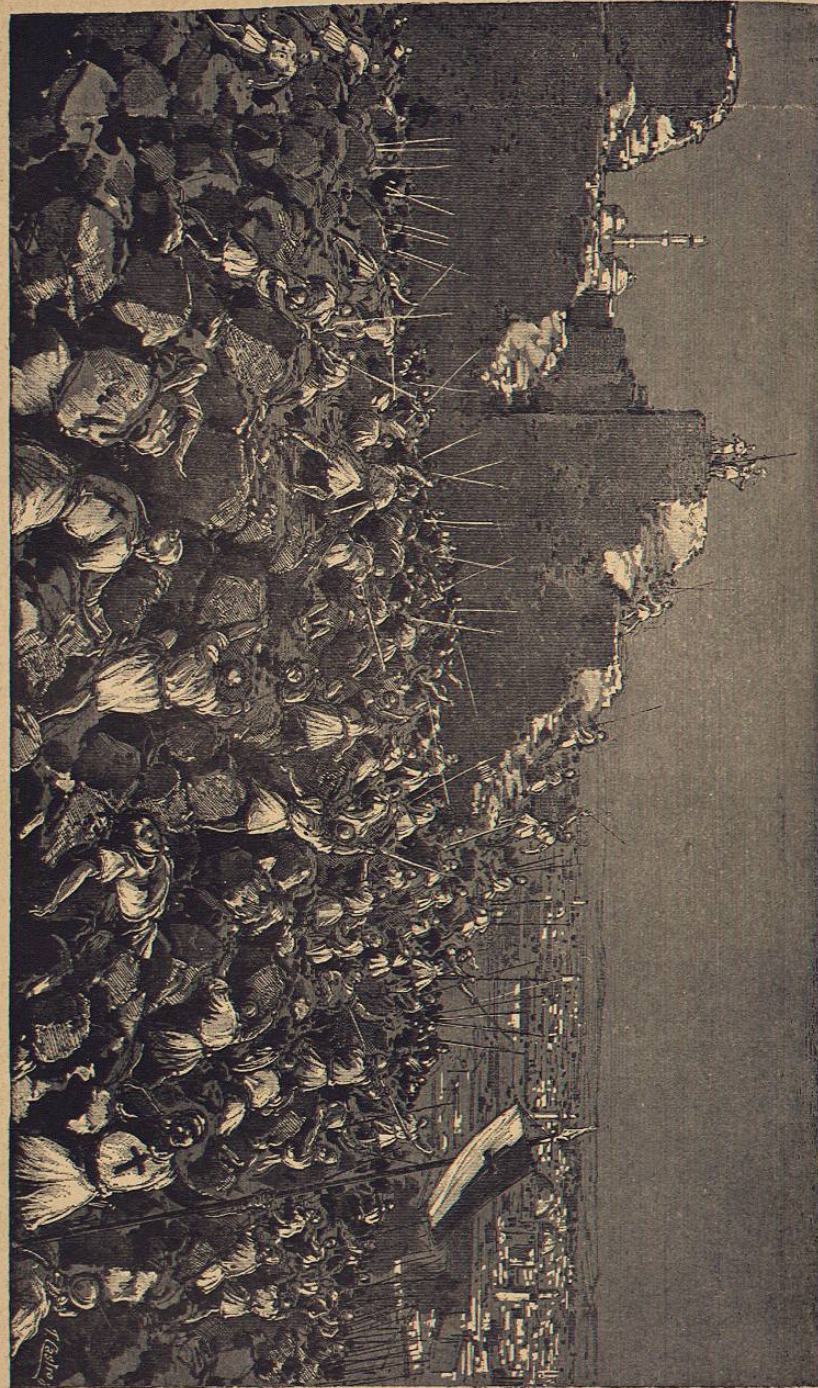
La rendicion de dicha ciudad llenó de terror á los emires y pequeños soberanos moros de aquellas regiones, los cuales se apresuraron á solicitar la alianza y paz de los cruzados, ofreciéndoles tributos y paso hasta Jerusalem. El califa fatimita de Egipto ofreció auxiliares para su conquista, y al efecto envió un ejército el cual se apoderó de Jerusalem, mientras los turcos estaban luchando, ó eran derrotados por el ejército cristiano; más el califa, faltando vilmente á lo ofrecido, quiso quedarse con la santa ciudad, alegando que los turcos cuarenta años antes la habian quitado á su padre, y que á los cristianos les bastaba la libertad, que ofrecia desde luego, de visitar los Santos Lugares (1).

Despues de una permamencia inactiva en Antioquía, donde la peste y otras calamidades diezmaron el ejército cruzado, pues quedó reducido á unos 50,000 combatientes, se resolvió continuar la marcha, dirigiéndose á Jerusalem, término de su peregrinacion y único objeto de las ansias de

(1) Amat: Hist. Eccles. lib. X cap. VI.



Toma de Jerusalem por los cruzados.



todos. La capital de Judea se hallaba en poder del califa de Bagdad, que aquel quiso conservar, sin querer entregarla á los cruzados, á pesar del pacto que con ellos habia hecho: por este motivo enojados los cruzados, resolvieron atacar al ejército del califa y apoderarse de Jerusalem á viva fuerza.

A principios de junio de 1099 llegó el ejército cristiano frente á la santa ciudad, causando viva emocion, respeto y amor la vista de aquella ínclita ciudad de los profetas, en la cual habian tenido cumplimiento todos sus vaticinios, y se habian verificado los grandes misterios de la redencion. Todo el ejército la saludó con entusiasmo, con lágrimas y sollozos de amor y ternura; sin embargo tuvieron que detenerse los cruzados y mirarla desde lejos, porque estaba en poder de los infieles, y esta circunstancia enardecia más y más el valor de los soldados de Cristo para arrebatarla de las manos de los infieles.

En efecto, desde el primer dia del sitio hasta el del asalto, no disminuyó en un ápice la bravura y heroismo de todos los cruzados indistintamente.

La guarnicion que defendia á Jerusalem se componia de 40,000 hombres, y se hallaba provista de víveres y municiones para resistir un dilatado sitio. Con todo, no duró más que cinco semanas, merced á las sábias disposiciones de Godofredo de Bullon, y á los prodigios de valor que hicieron los cruzados.

El 15 de julio de 1099 fué el dia señalado para dar el asalto general. Pedro el Ermitaño dirigió previamente una calurosa exhortacion al ejército para inflamarle en el ardor é intrepidez en la lucha que iba á trabar contra los infieles.

Godofredo de Bullon fué el primero que penetró en la ciudad por medio de una torre de madera que mandó aproximar á las murallas mientras se daba el asalto; Tancredo fué el segundo que penetró en la misma por otro punto, así como Raimundo conde de Tolosa tuvo igual fortuna, cubriéndose todos los demás jefes y soldados de gloria y honor. Entró el ejército cruzado ciego de furor y venganza, no perdonando á hombres ni mujeres ni niños, siendo horrorosos el degüello y la matanza á que se entregó en Jerusalem. La carnicería fué verdaderamente excesiva, y hay autores que aseguran haber sido pasados á cuchillo 70,000 musulmanes de toda edad y sexo. El historiador Gemblag hablando de la toma de Jerusalem dice: «Cristianos y paganos en este asalto y combate dentro de la ciudad, se cebaron de una manera tan horrible en matarse unos á otros, que la sangre de los muertos llegaba á la rodilla de los caballos (1).»

En efecto, dícese haber sido tanta la mortandad, que en las calles se

(1) Gemblag: Hist. de Palest., pag. 611.



habian formado como rios de sangre. Esto ha dado ocasion á algunos escritores para acriminar agriamente á los cruzados. Reprobando con toda la energia de que somos capaces los excesos á que se entregaron los cruzados en el asalto y combate dentro de Jerusalem, creemos oportuno copiar, en su disculpa, el razonamiento del Ilmo. Torres Amat, hablando de la toma de dicha plaza:

«En todas las plazas que se ganan por asalto, es moralmente imposible que cuando cesa la resistencia, calme al instante aquel furioso ímpetu con que los sitiadores acometen, y que se inflama más y más con la sangre que les cuesta cada paso que adelantan, mayormente si los sitiados pelearon al principio con valor, y son en tanto número, que los sitiadores, hasta despues de haber degollado á muchos, no creen cierta la victoria. Todo esto sucedia en Jerusalem: luego que se creyó segura la posesion, los principales cruzados dejaron las armas y los vestidos ensangrentados, y fueron descalzos y en traje de penitencia á visitar los Santos Lugares, comenzando por la iglesia del Santo Sepulcro (1).» En efecto, el espectáculo fué muy diferente, luego de calmado el furor del soldado, y se dió entrada á sentimientos más cristianos. Los que antes cuál bravos leones peleaban con denuedo, é impulsados por el ardor de la lucha derramaban sin misericordia tanta sangre al tiempo de la conquista, despues de ella iban de rodillas besando aquella tierra santificada por las plantas del Redentor, todos confesaban sus culpas y derramaban lágrimas de consuelo al visitar el Santo Sepulcro de Jesucristo. La entrada de los cruzados en Jerusalem fué el viernes día 15 de julio de 1099, á las tres de la tarde, cosa muy notable por ser el día de la semana y hora en que espiró Nuestro Señor Jesucristo.

Despues de estar los cruzados completamente apoderados de toda la ciudad santa, y tomadas las precauciones necesarias en un período tan peligroso, se resolvió hacer el acto de homenaje y devocion al Santo Sepulcro, pero con toda aquella ostentacion y magnificencia propias de la fe y religiosidad de aquellos tiempos caballerescos. La solemne ceremonia debia tener lugar á la mañana siguiente. La mayor parte de los jefes y soldados con el afan y ardimiento de verdaderos cristianos, dejadas las armaduras y depuesto el furor de que poco antes estaban poseidos, fueron en tropel á prosternarse humillados ante el Sepulcro del Salvador. Fué un espectáculo verdaderamente conmovedor el ver la devocion con que aquellos guerreros visitaban y besaban los vestigios en donde habia padecido el Redentor de los hombres; no se veian sino lágrimas, no se oian sino suspiros, y en todas partes no se observaban sino sentimientos de piedad,

(1) Amat: Hist. Ecles., lib. X, cap. VI.





Te-Deum por la toma de Jerusalem

señales evidentes que demostraban la veneracion que infundia á todos los corazones aquella tierra empapada con la sangre de Jesucristo.

Como se habia resuelto, á la mañana siguiente, 16 de julio, dia de la Exaltacion de la Santa Cruz, reunido el ejército y á su frente los grandes capitanes, Aldemaro legado de la Santa Sede, asistido de los obispos y clero, celebró con gran solemnidad el sacrificio de la misa en accion de gracias al Todopoderoso por la dichosa conquista de la santa ciudad, concluyendo con el *Te-Deum* y bendicion á todo el ejército.

Una vez cumplidos los deberes religiosos y asegurada la tranquilidad, remitióse á la Santidad del papa Pascual II una relacion minuciosa y detallada de tan glorioso acontecimiento, el cual esparcido por todo el orbe cristiano causó indescriptible entusiasmo, levantándose por todas partes un grito general de alabanza al Dios de los ejércitos.

Como la conquista de los Santos Lugares de la Palestina y rescate del Sepulcro del Salvador causasen á todo el mundo cristiano la más inefable alegría, la devocion más fervorosa y el entusiasmo más extraordinario, la Santa Sede, para perpetuar tan fausto suceso, estableció que en toda la cristiandad se celebrase el 15 de julio una fiesta conmemorativa con oficio de rito doble y octava, con misa propia, cuyo introito era de la profecia de Isaías: *Ecce nomen Domini venit de longinquo* (1). Así como los judíos, segun san Jerónimo (aún sucede al presente) suelen recordar con llanto, gemidos y lamentos la ruina de Jerusalem por Tito y Vespasiano, así tambien los cristianos, nuestros antepasados, celebraban con regocijos y fiestas solemnes las victorias que alcanzó la primera cruzada, arrancando del poder de los musulmanes enemigos de Jesús y de María la santa ciudad de Jerusalem (2).

La organizacion del nuevo reino reclamaba imperiosamente la formacion de un gobierno que rigiese y administrase los intereses del país como del ejército: así desde luego se convocó un consejo general de los magnates á fin de deliberar la forma de gobierno que debia establecerse para mantener y continuar la conquista de la Palestina. En dicho consejo hubo serios debates, sostenidos por la ambicion de unos y la rivalidad de otros. El legado Aldemaro reclamaba los derechos de la Silla Apostólica, y por consiguiente la anexion de Jerusalem á favor de la Santa Sede; unos proponian por rey al conde de Tolosa, y otros á Roberto duque de Normandía. No obstante la divergencia de pareceres y encontradas opiniones, llegó á ponerse de acuerdo la mayoría, decidiéndose en favor del general en jefe de la cruzada, que tan acertada y prudentemente habia dirigido la expe-

(1) Isaías, c. XXX, v. 27.

(2) Balinghem: Diario de Maria, pág. 237.